ROSE HILL: LIBRO 2

WILD EYES

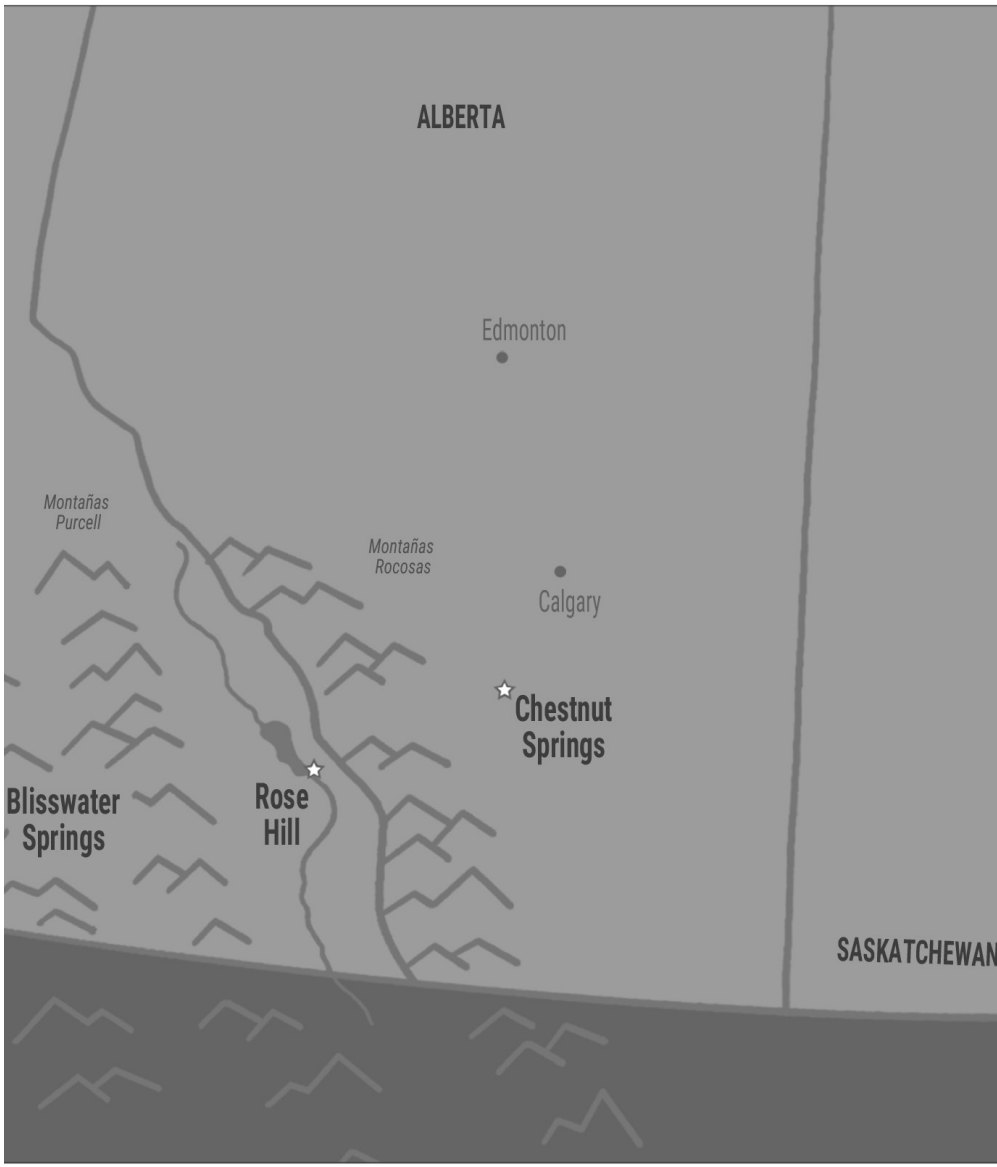
MIRADA SALVAJE

ELSIE SILVER

Traducido del inglés por Eva Pérez Muñoz

CONTRALUZ


EL UNIVERSO DE ELSIE SILVER
COLUMBIA BRITÁNICA
Montañas Columbia
Cordillera de las Cascadas
Isla de Vancouver
Ruby Creek
Emerald Lake
Vancouver
Victoria
N
E
O
S


ALBERTA
Edmonton
Montañas Purcell
Montañas Rocosas
Calgary
Chestnut Springs
Blisswater Springs
Rose Hill
SASKATCHEWAN

Para todas aquellas personas que se han sentido anuladas por la opinión de los demás. Espero que lleguen a amar tanto lo que hacen que esas voces críticas dejen de importarles. Hasta entonces, recuerden que seguir adelante ya es un triunfo.

Avancen sin miedo y no dejen que nadie las frene.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro aborda temas como el abuso psicológico en la infancia y el trauma infantil. También incluye referencias al consumo de sustancias y la muerte por sobredosis. Espero haberlos tratado con el respeto y el cuidado que se merecen.

UNO
West

Hace un día radiante, el lago reluce y en el acotamiento hay otra turista haciendo tonterías, intentando sacarse una *selfie* con un oso.

Y no cualquier oso. Un *grizzly*.

—No lo puedo creer —murmuro mientras piso el freno de mi camioneta y niego con la cabeza. No distingo bien a la mujer, pero veo que lleva unos *jeans* ceñidos, un top corto y una cascada de brillantes ondas color bronce que le cae por la espalda.

Mientras el oso rebusca comida en la zanja que hay detrás de ella, la mujer levanta la mano y gesticula con entusiasmo ante el celular que sostiene en alto.

Me detengo delante de su Tesla. Porque, claro, conduce un Tesla. Está a unos diez metros del coche, como si se hubiera ido acercando poco a poco al animal.

Cuando por fin hago alto total, me quedo mirándola un segundo, totalmente atónito. En verano, en Rose Hill, estas muestras de estupidez citadina son de lo más habitual, pero nunca dejan de sorprenderme. Es como si la lista de deseos de esta gente pasara de «ver un oso» a «morir devorado por un oso» en un abrir y cerrar de ojos.

Aprieto el botón para bajar la ventanilla despacio porque no quiero asustar al animal y, además, tampoco tengo muchas

ganas de bajarme de la camioneta. Me gusta seguir vivo, y mis días de tentar a la suerte quedaron atrás…, más o menos.

Así que, con la voz más calmada que puedo, digo:

—Eh, oye.

Ella ni se inmuta, sigue hablando a la cámara, grabándose como si nada.

—Estaba conduciendo tan tranquila por esta carretera preciosa cuando… ¡Zas! Me encuentro al oso más espectacular del planeta en esta zanja, detrás de mí.

—¡Eh! —me inclino sobre la puerta y agito el brazo para llamar su atención, esperando que mi voz colándose en su grabación la haga reaccionar.

Y funciona. Se da la vuelta hacia mí con el ceño fruncido, los ojos echando chispas y una cara que reconocería en cualquier parte.

Una cara que medio mundo reconocería en cualquier parte.

Sí, la mujer que me está fulminando con la mirada por haber interrumpido su video es la mismísima Skylar Stone, la famosísima estrella del *country*. Me quedo paralizado un instante, sin palabras. Me imagino qué la trajo al pueblo, pero no es momento para charlas. No quiero ser el tipo que se quedó quieto mientras un *grizzly* se merendaba a una cantante de fama mundial a la que todo el mundo adora.

—¿Qué pasa? —protesta, abriendo los brazos, como si no estuviera plantada de espaldas a un depredador imprevisible—. Ahora voy a tener que grabar el video otra vez para mis redes.

—Eso de ahí es un puto oso *grizzly*. Tienes que volver al coche —le espeto en voz baja, señalando con el pulgar hacia el Tesla.

Ella niega con la cabeza sin dejar de mirarme con furia.

—¿Sabes de qué estoy hasta el gorro?

—¿De vivir? —siseo, dejando que el instinto tome el control y me haga bajar de la camioneta. Aunque me encantaría dar un portazo, la dejo abierta para no hacer ruido—. Porque en este momento eso es lo que parece.

Ella resopla.

—No. Estoy hasta el gorro de que la gente me diga lo que tengo que hacer.

Su mirada incisiva recorre mis *jeans* negros desgastados, las botas Blundstone llenas de arañazos, y vuelve a subir hasta mi camiseta blanca. Se fija un instante en el agujero junto al cuello y arruga un poco la nariz, como si acabara de encontrar la prueba definitiva de que no soy quién para darle consejos.

Me acerco con cuidado y estiro el cuello para mirar por la pendiente, donde asoma la inconfundible joroba café del *grizzly* entre los arbustos. Oigo sus gruñidos profundos y satisfechos mientras come, seguramente arrancando bayas de algún arbusto como aperitivo antes de subir y arrancarnos los brazos como plato principal.

—Te entiendo, de verdad. Pero no creo que este sea el momento de ponerse terco ni de jugarse el pellejo por ello. En sentido figurado y literal. Si salimos vivos de esta, te prometo que te llevo a un zoo y te grabo yo mismo un video para tus redes. Soy de los que detestan las redes sociales, pero siempre cumplo mis promesas.

Sigue la dirección de mi mirada y luego levanta la barbilla para encararme. Frunce los labios carnosos con forma de corazón y me mira con los ojos color avellana entrecerrados, como dos misiles listos para salir disparados. Luego cruza los brazos bronceados, ocultando el celular

Pura insolencia.

Me recuerda a mi hija de seis años, Emmy. Sobre todo cuando da un pisotón. La diferencia es que a Emmy ya la ha-

bría cargado bajo el brazo y habría salido pitando de aquí hace un rato.

—Está comiendo. Ni siquiera sabe que estoy aquí. Y nunca he visto un oso de cerca —añade al final, con un tono casi quejumbroso, como si yo fuera el aguafiestas que le está fastidiando la diversión.

Me quedo mirándola boquiabierto. Lleva unos aretes de diamantes del tamaño de arándanos maduros. Tan grandes que, si fuera otra persona, pensaría que son de imitación.

—Mira, te entiendo, en serio. En la ciudad no hay osos. Es toda una experiencia. Pero eso de ahí —señalo al animal— no es Winnie the Pooh.

Su expresión se tensa mientras mira de reojo la zanja con añoranza, como si supiera que tengo razón, pero deseara con todas sus fuerzas que no fuera así.

Sigo hablando, porque la referencia infantil parece haber surtido efecto.

—Ígor no está atrapado en un pozo y Piglet no ha ido a buscarle miel. Así que imagínate que en este momento soy Búho, intentando darte un consejo sensato.

—Pero… hay crías —dice, enfatizando la última palabra, como si eso hiciera todo más adorable y justificara su comportamiento absurdo.

Cualquiera que sepa algo sobre osos sabe que eso lo empeora todo. Me acerco un poco más a la zanja, como si necesitara verlo con mis propios ojos para confirmar lo jodida que está la cosa. Estiro el cuello y, efectivamente…, ahí están. Dos crías.

—Por favor —murmuro, suavizando el tono, con la voz cargada de súplica. Extiendo un brazo y muevo los dedos hacia mí varias veces, invitándola a avanzar en mi dirección, igual que haría con un caballo asustadizo. Como domador, he tratado con muchos así: se hacen los duros, hasta que dejan de serlo.

Debe de captar la urgencia en mi voz, porque baja los hombros y traga saliva, mientras me mira a los ojos, sopesando si puede confiar en mí.

Por fin asiente y da un paso vacilante, alejándose de la zanja. En cuanto la veo acercarse a mí, suelto un suspiro de puro alivio que me deja el pecho sin aire.

Pero el alivio dura poco, porque, en cuanto se mueve, el oso la sigue, como si estuviera unido a ella por una correa invisible.

No puedo culparlo.

Tiene un magnetismo especial, algo que te atrapa y hace que te resulte imposible apartar la mirada. Se nota cuando aparece en pantalla y cuando suena en la radio, y en persona es aún más evidente.

—Muy bien, muñeca.

—No me llames muñe…

—No hables —le ordeno, intentando mantener la voz lo más calmada posible. Miro por encima de su hombro al oso enorme que emerge de la zanja, con unas garras de diez centímetros que golpean el asfalto con un chasquido que deja a Skylar petrificada—. Camina despacio hacia mí. No corras. No mires atrás. Mantén la calma.

Parpadea varias veces, muy deprisa. Veo en su mirada que le encantaría mandarme a la mierda, pero su instinto de supervivencia pesa más que su orgullo, porque me hace caso.

El oso resopla con fuerza, y Skylar da un traspié, con los ojos muy abiertos clavados en los míos como si su vida dependiera de ello. Asiento y vuelvo a indicarle que avance con la mano, consciente de que en este momento lo único que puedo hacer por ella es conseguir que se acerque lo suficiente para meterla en la camioneta.

Sigue avanzando, aunque sus pasos se vuelven un poco más rápidos y respira de forma entrecortada. Empiezo a retroceder hacia mi camioneta, esperando que me siga.

—Buena chica. Lo estás haciendo muy bien.

En cualquier otro momento me reiría de mí mismo por hablarle a una mujer como si fuera un caballo, pero en este momento tengo el cuerpo entero en alerta, listo para reaccionar si hace falta.

Ella asiente. Entonces mira hacia atrás un instante y suelta un gritito ahogado, como si acabara de darse cuenta del tamaño descomunal del oso que la sigue.

Ese sonido no era el más sensato, porque, en cuanto el *grizzly* lo oye, su interés se dispara. Se detiene y se alza sobre las patas traseras.

Lo que sale de su garganta suena casi como un ladrido; luego olfatea el aire y ladea la cabeza con curiosidad.

Curiosidad, no agresividad.

De momento.

—Ay, Dios… Ay, Dios… Ay, Dios —susurra ella con voz quebrada, a punto de llorar.

Aún con la mano extendida, reúno toda la serenidad que me queda.

—Pase lo que pase, no se te ocurra co…

Antes de que pueda decir «correr», sale disparada hacia mí. Y yo, en contra de lo que haría cualquier persona con un mínimo de sentido común, actúo sin pensarlo.

Corro directo hacia ella.

Y hacia el oso.

El animal, que ahora araña el asfalto como si estuviera a punto de embestir, da un par de saltos potentes antes de retroceder.

Cambio a modo defensivo y hago lo único que se me ocurre. Voy hacia Skylar, la agarro del bíceps y le rodeo la cabeza con un brazo antes de lanzarnos al suelo. Mi cuerpo, mucho más grande que el suyo, la cubre como un escudo.

Ella se revuelve debajo de mí.

—¿Qué estás ha…?

Le tapo la boca con la mano, me apoyo en el otro brazo y niego con la cabeza despacio.

—Para. Por favor, para. Quédate quieta y callada. Con un poco de suerte, el oso se irá.

Asiente levemente, lo justo para que retire la mano y le cubra la cabeza con los antebrazos.

Vuelve a mirarme con los ojos dorados llenos de pánico. Mientras respira nerviosa en el poco espacio que nos separa, percibo algo dulce en su aliento. Mandarina y azúcar.

—¿Crees que podremos llegar a tu camioneta?

Apenas la oigo por el latido ensordecedor de mi corazón en los oídos.

—No, no estamos lo suficientemente cerca y no tenemos ninguna probabilidad de ser más rápidos que un *grizzly*.

—Bueno. —Se humedece los labios, aterrada, y veo cómo una lágrima le resbala por la sien y se le desliza hacia la oreja. Sigo el rastro húmedo antes de volver a mirarla a los ojos, intentando transmitirle una calma que no siento.

Mientras nos miramos, se le escapan más lágrimas.

—Lo siento —susurra y su sollozo me golpea como un puñetazo en el pecho.

Oigo al oso resoplar a un par de metros. Tengo la sensación de que el suelo tiembla cada vez que se mueve. Más abajo, en la zanja, suenan pasos más ligeros. Supongo que son las crías.

Le acaricio la coronilla con el pulgar, dibujando círculos lentos.

—Tranquila. No pasa nada. Vamos a quedarnos quietos y en silencio un rato más y luego todo va a salir bien —le susurro, aunque también me lo estoy diciendo a mí mismo.

Ella parpadea en señal de entendimiento y yo le devuelvo el gesto. Luego me distraigo contando los remolinos de color

en sus iris: café, dorado, verde y un gris delicado. Al menos cuatro tonos entrelazados.

Unos ojos que, incluso empañados por las lágrimas, resplandecen.

No recuerdo haberme quedado tan atrapado en la mirada de una desconocida.

—Dime otra vez que todo va a salir bien —me pide en un murmullo que se pierde en el silencio de su exhalación. A pesar de lo cerca que estamos, apenas logro escucharla.

Cuando inclino la cara sobre la suya, las puntas de nuestras narices se rozan. Deslizo los labios por su mejilla, articulando un «todo va a salir bien» en silencio.

He hecho muchas locuras en mi vida. Sinceramente, todavía me pregunto cómo logré salir vivo de algunas de ellas. Pero en esos momentos siempre estaba solo. Ahora, sin embargo, estar así de cerca de otra persona, sabiendo que podría ser lo último que vea, hace que todo a nuestro alrededor se detenga.

O quizá es la edad, que me está ablandando más de la cuenta.

De pronto, noto el aliento caliente y húmedo del *grizzly* olfateándome la nuca. Y por extraño que parezca, una calma rara me envuelve. Estoy más tranquilo de lo que debería. Como si mi cuerpo entendiera que ceder a la ansiedad no serviría de nada.

Porque, aunque he visto muchos osos en Rose Hill, nunca había tenido a uno respirándome en la nuca. Y, la verdad, es una experiencia que me habría ahorrado encantado.

Pero no puedo dejarme llevar por la angustia. Tengo que conservar la compostura por Skylar. Así que mantengo la mirada fija en la suya y le suplico en silencio que se quede quieta y conmigo, aunque esté tan fuera de su elemento que parezca venida de otra galaxia.

Entreabre los labios y su respiración se vuelve rápida y frenética. Luego cierra los ojos con fuerza. Puedo oler al oso; seguro que ella también.

Sudor, almizcle y tenis viejos. Es abrumador. Una combinación que no voy a olvidar jamás.

El sol cae a plomo sobre mi espalda, y el calor del cuerpo del oso, tan cerca, hace que todo resulte asfixiante. Apoyo la frente en la suya e intento que respire al mismo ritmo que yo.

Tres segundos para tomar aire.

Tres segundos para soltarlo.

Poco a poco, el calor se vuelve más soportable. El golpeteo de las garras ya no suena tan fuerte y el olor deja de ser tan abrumador. La zanja se queda en silencio, así que supongo que las crías se fueron con su madre.

Skylar se mueve un poco y me mira tras esas pestañas tupidas.

—¿Ya viste a las crías? Son tan lindas…

Froto la frente contra la suya para contener la risa, preguntándome cómo carajos me las arreglo siempre para terminar rodeado de mujeres incapaces de seguir la instrucción más simple, incluso cuando su vida depende de ello.

—Será mejor que nos quedemos callados un rato más —me limito a decir.

No sé cuánto tiempo llevamos acostados en el asfalto, respirando al unísono. ¿Cinco minutos? ¿Diez? Lo suficiente para que se le hayan agarrotado los nudillos de tanto aferrarse a mi camiseta. Sigue temblando sin control, así que le paso una mano por el pelo para calmarla.

Evidentemente, sé que el oso ya se fue, pero sigo teniendo la sensación de que, si miro hacia arriba, me lo voy a encontrar cara a cara.

Así que me quedo donde estoy, acariciándole la cabeza e intentando recomponerme antes de levantarme.

Y, para romper un poco la tensión del momento, suelto lo primero que se me ocurre:

—Leí hace poco un artículo que decía que un seis por ciento de los americanos cree que podría vencer a un *grizzly* en una pelea cuerpo a cuerpo.

—¿Cómo? —pregunta en un susurro entrecortado, con una expresión de pura incredulidad.

—Ya ves. ¿A poco no cuesta creerlo?

Me mira como si dudara de que esté hablando en serio.

—¿Cuerpo a cuerpo?

Asiento antes de echar un vistazo por encima de su cabeza.

Ni rastro del oso.

Me incorporo hasta quedar de rodillas y miro hacia atrás.

Nada.

Me dejo caer sobre los talones y me paso las manos por el pelo muy corto mientras reviso todo el entorno.

Ningún oso.

Solo un cielo azul intenso y un sol cálido y dorado.

Suelto un suspiro tembloroso y, cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de que estoy a horcajadas sobre Skylar Stone.

Me quedo mirando la curva elegante de su clavícula y el contorno de su pecho, marcado contra el escote de la camiseta. Cierro los ojos y sacudo la cabeza, pero no: sigue ahí. Debajo de mí.

Se seca las lágrimas con una mano, aunque no hace ademán de apartarse. Está tendida en la carretera, guapísima, aturdida y completamente agotada. Se muerde el labio inferior, como si estuviera pensando demasiado en algo. Y sigue agarrada a mi camiseta, con el brazo rígido y los nudillos blancos de tanto apretar la tela.

Al cabo de un rato, una risa nerviosa le sacude los hombros.

—Ese seis por ciento…, seguro que se queda corto.

Suelto otro suspiro y me uno a su risa.

—Sí, incluso descontando a los niños y a los ancianos.

Me da un golpecito en el muslo con el dedo índice.

—Y a las mujeres.

—¿Cómo?

Pone los ojos en blanco.

—Solo un hombre creería que puede enfrentar a un *grizzly* cuerpo a cuerpo.

—Y eso lo dice la mujer que hace un minuto intentaba hacerse una foto con uno.

—¡Era un video!

Me pongo de pie con las piernas temblorosas, le tiendo la mano para ayudarla a levantarse y digo con una sonrisa:

—Ajá. Para tus redes sociales. Muchísimo más lógico, sí.

Mira mi mano, pero cualquier rastro de humor desaparece. La tensión sigue ahí, y ahora, encima, está molesta.

—No me juzgues. Ni siquiera sabes lo que estaba haciendo.

—Muy bien, ilumíname, ¿qué estabas haciendo?

Alza la barbilla.

—Creando contenido con el que la gente pueda identificarse.

—Sí, claro, habría que comprobar a cuánta gente la ha perseguido un *grizzly* en su vida para sentirse identificada.

Se queda callada un segundo, sorprendida por mi comentario, y luego masculla:

—No me conoces lo suficiente para vacilarme.

Suelta un gruñido de frustración y me golpea la palma de la mano con la suya de forma brusca.

La levanto de un jalón. Pesa menos de lo que imaginaba y la impulsé con demasiada fuerza, haciendo que se tambalee un poco.

Apoya la mano libre en mi pecho para recuperar el equilibrio, con los dedos demasiado cerca del agujero de mi camiseta. Se queda mirándolo un instante y se aparta de golpe, como si le hubiera dado un calambre.

Puede que no la conozca, pero sí sé que últimamente ha sido noticia por bloquearse y quedarse muda delante de las cámaras.

Hoy, en cambio, las palabras le salen sin esfuerzo.

—Todo iba genial hasta que apareciste tú, comportándote como una mezcla de Cocodrilo Dundee y… y… —me señala de arriba abajo, buscando el símil adecuado— Superman o algo así.

Me froto la barbilla.

—Es por culpa de la mandíbula marcada, ¿verdad?

—No. Es por ese odioso complejo de héroe.

Resoplo y me cruzo de brazos, mirándola con diversión. Siempre creí que era la típica muñequita sureña: todo risitas, muchos «cielo santo», cero palabrotas y nada de bromas sarcásticas.

Me equivocaba. No es para nada así.

—Y —añade, volviendo a señalarme— esa actitud de sabelotodo.

Ahora sí sonrío de oreja a oreja.

—Los dos sabemos que te salvé el culo. Solo dame las gracias y listo.

Niega con la cabeza mientras se agacha a recoger el celular. —Lo iba a hacer. Pero ahora que me lo estás exigiendo, va a parecer que te las estoy dando por obligación y sonaría un poco falso. Y estoy harta de que todo el mundo actúe como si le debiera algo. —Se sacude los *jeans*, irritada, intentando quitarse la tierra y el polvo sin mucho éxito—. Skylar, haz esto. Skylar, haz lo otro. Skylar, sonríe y saluda. Skylar, da las gracias…

Se detiene con un suspiro agotado y me mira.

—¿Sabes qué? Lo siento. Estoy teniendo un mes horrible. No te mereces esta mierda. Ya te hice pasar bastante hoy. Gracias por estar dispuesto a morir por mí. Es una experiencia nueva e inesperada de la que tendré que hablar con mi terapeuta más adelante.

Enarco una ceja ante su confesión. Sigue temblando, así que intento alargar la conversación para darle tiempo de que se recomponga.

—¿Un mes horrible?

Fuerza un atisbo de sonrisa que desaparece en cuanto golpea una piedra con la sandalia.

—En realidad…, un año horrible.

—He tenido años así —respondo, observándola con atención. No puedo evitar preguntarme qué hace que una mujer que parece tan fuerte no sea capaz de sostenerme la mirada.

Cambia de tema con un entusiasmo claramente fingido.

—Bueno, estoy buscando Wild Rose Records. Es un estudio de grabación nuevo, pequeño y muy cuidado. Quizá conozcas al dueño. Ford Grant. Me desvié por la ruta más bonita y acabé perdiéndome. Estas carreteras no están señalizadas y no hay cobertura, y pensé que me vendría bien conducir sin rumbo, ya sabes, recordarme que sigo viva.

Me río bajito mientras regreso a la camioneta. Cuando alcanzo la puerta abierta, la miro por encima del hombro. Está preciosa, confundida y totalmente desolada.

Y su arrebato no me molesta en absoluto. Al contrario, me encanta que haya recuperado el carácter después del susto.

—No hay nada como una experiencia cercana a la muerte para recordarnos que seguimos vivos, ¿eh? —Me subo a la camioneta—. Vamos, sígueme y te llevo con Ford Grant.

Skylar se acerca hacia mí con cara de sorpresa.

—¿Lo conoces?

Enciendo el motor justo cuando llega a la ventanilla bajada.

—Podría decirse que sí.

Frunce el ceño y se coloca el pelo detrás de las orejas, nerviosa. Es la primera vez que parece derrotada.

—Lo siento. Es que estoy abrumada por… por todo. Mierda, casi me muero del susto y no sé cómo darte las gracias. No recuerdo que nadie haya estado dispuesto a arriesgar su vida así por mí.

Lo dice con tanta naturalidad que me deja helado.

«Qué tristeza», pienso al instante. Es muy triste llegar a adulta sin haber conocido nunca ese tipo de lealtad. Ser tan adorada como Skylar Stone y, aun así, no sentirse querida por dentro.

Cuando me mira desde debajo de esas pestañas espesas, le guiño un ojo para tranquilizarla.

—Puedes darme las gracias dejando de disculparte. Luego te subes al coche y me sigues.

Asiente, mordiéndose ese labio inferior carnoso que volvería loco a cualquiera.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Weston Belmont. El Superman-Cocodrilo Dundee de Rose Hill a tu servicio —respondo con un saludo exagerado.

Pone los ojos en blanco, aunque curva ligeramente los labios en lo que, sin duda, parece una sonrisa. Golpeo con la mano en el costado de la camioneta y empiezo a avanzar.

Me alegro de haberle salvado la vida, pero por mucho que me tiente la idea de quedarme hablando un rato más con ella, aún tengo cuatro caballos que entrenar hoy, una granja que nunca me da tregua y dos niños pequeños que necesitan a su padre. Sí, toca seguir con el día.

—¡Espera! ¿No quieres saber cómo me llamo? —grita mientras me alejo despacio para darle tiempo de subirse al Tesla y seguirme.

Sé perfectamente cómo se llama. Llevo años siendo fan de Skylar Stone en secreto. Pero no quiero incomodarla, así que no digo nada. Además, tendremos muchas más oportunidades para hablar.

Porque si su destino es Wild Rose Records…, estamos a punto de ser vecinos.

DOS
Skylar

Tengo debilidad por las manos. No voy a negarlo.

Por las manos de los hombres, para ser más exactos. La forma en que se marcan los tendones del dorso cuando tocan una guitarra. Cómo abarcan por completo el mango de un micrófono. Lo cálidas y suaves que resultan sobre mi piel.

He salido con gente famosa. Artistas y músicos. Hombres guapos, hombres influyentes. Y, aun así, nunca me había obsesionado tanto con unas manos como lo hago con las que en este momento sujetan el volante de la camioneta que va delante de mí.

El agarre férreo en mi bíceps al tirarnos al suelo.

El roce áspero de sus callos en mi piel mientras me aseguraba que todo iba a salir bien.

Los tatuajes de sus nudillos, que no podía evitar mirar cada vez que se frotaba la barba.

Puedo oír la voz de mi padre en mi cabeza, nítida como si estuviera aquí, diciéndome que me aleje de un hombre como Weston. Le preocuparía demasiado que alguien con quien saliera empañara mi impecable reputación de «novia de América».

«Los hombres respetables no se hacen tatuajes que una camisa no pueda tapar».

¿Y los héroes, qué? ¿Los de pelo rubio arena, con unos músculos que hacen que la camiseta les quede un poco ajustada en los hombros?

Weston Belmont me salvó de un oso *grizzly*. Y, siendo sincera, también me salvó de mí misma. De mi propia ingenuidad.

Una chica más lista estaría embelesada con su valentía, o con su voz grave o sus comentarios ingeniosos.

Yo, en cambio, voy conduciendo detrás de él por una carretera perdida en medio de la naturaleza salvaje canadiense, fantaseando con sus pinches manos enormes. Tomo nota mental para comentárselo a mi terapeuta. Seguro que tiene un nombre. Algún mecanismo de defensa o algo parecido.

¿Los problemas con la figura paterna pueden provocar un fetiche con las manos?

Resoplo antes de murmurar:

—Dios, Skylar, necesitas desconectar de la gente pero ya.

Y es verdad.

O al menos eso es lo que le dije a todo el mundo cuando hice las maletas y me largué. Algunos dirán que salir pitando de Los Ángeles es huir de mis problemas. Otros pensarán que presentarme sin avisar para un trabajo que todavía no está confirmado es de mala educación.

¿Pero yo? Yo lo llamo escapar de la ruptura más humillante del planeta.

Lo llamo tocar fondo.

Pero tengo un plan. Uno que no les he contado ni a mis padres (que también son mis representantes) ni a mi agente (que solo es su títere a sueldo).

Voy a grabar mi propio álbum. Y no pienso decírselo a nadie. No quiero sus opiniones ni sus sugerencias. Este proyecto será mío y solo mío; algo para mí.

Necesito con urgencia empezar de nuevo. Un cambio de aires. Escapar del control asfixiante en el que se ha convertido mi vida.

Y no es ninguna metáfora.

Siento una presión que me cierra tanto la garganta que no me sale ni una palabra. Nada más tengo un micrófono delante, estoy frente a una cámara o me subo a un escenario y me quedo en blanco. Solo sé parpadear y soltar risitas. Se me seca la boca y hago mi mejor actuación de «rubia tonta», como decía hace poco un titular.

Y empiezo a pensar que igual no se equivocaba tanto.

La última vez que me quedé sin voz fue cuando salí llorando de un restaurante justo después de esa ruptura y me encontré con un aluvión de preguntas.

«Skylar, ¿qué pasó?».

«¿Sucedió algo entre Andrew y tú?».

«Algo». Vuelvo a resoplar en el interior del coche. Sí, claro que sucedió algo.

Algo que no puedo confesar en voz alta.

Siempre me he jactado de ser una persona sincera, pero ¿y si todo lo que tiene que ver conmigo es falso? El mundo cree que me conoce, pero le vendieron una mentira cuidadosamente construida.

Y yo también me la tragué.

Mi vida se desmoronó y no tengo a nadie a quien contárselo. La verdad es demasiado humillante para admitirla.

No puedo hacerla pública. Al menos, no todavía. Los medios me harían trizas. Los fans me compadecerían o se reirían de mí, y no quiero ninguna de las dos cosas.

Resulta irónico estar rodeada de tanta gente que asegura quererme y, aun así, sentirme completamente sola.

Así que ahora lo mío es quedarme en blanco mirando a la cámara, con la sensación de tener los pulmones llenos de ce-

mento y la garganta cerrada. Articular una sola frase me cuesta casi tanto como respirar.

Sí, la misma chica que ha actuado ante millones de personas, que canta, baila y siempre sabe qué decir, ahora se bloquea delante de una cámara.

Aprieto la mandíbula, lista para machacarme mentalmente, pero el hombre de las manos bonitas pone la direccional y hago lo mismo. Luego gira hacia una reja de madera desgastada por el tiempo que da acceso a un camino recién asfaltado, y yo lo sigo.

Una espesa línea de pinos verdes oculta por completo la propiedad y, sin pensarlo, bajo la ventanilla para dejar que el aire fresco del campo entre en el coche… y en mí.

—¡Muy despacio! —grazna Cherry desde su jaula en el asiento trasero. A este pájaro le encantan los viajes en coche.

—Es un camino de entrada, Cherry. Tengo que ir despacio, pequeña rebelde.

—¡Muy despacio!

Me río y estiro el cuello para ver adónde vamos, apartando la ansiedad que empieza a crecer en mi interior. ¿Dónde habría acabado Cherry si un oso *grizzly* me hubiera devorado en la cuneta de una carretera perdida? ¿En otra protectora? ¿En un zoológico? ¿Con mis padres, que la habrían exhibido ante la prensa para montar el numerito de la familia destrozada?

Todas las opciones son tan deprimentes que prefiero no pensarlas, aunque sé que esta noche me quitarán el sueño. Y sí, sé que parece patético, pero puede que Cherry, mi loro gris africano, una auténtica descarada aficionada a soltar groserías, sea la única amiga que tengo.

El camino serpentea entre curvas y hay algo reconfortante en la espesura de los árboles y en el olor a tierra y a agujas de pino aplastadas que entra por la ventanilla. Inhalo hondo y, poco a poco, empiezo a sentirme mejor.

Así que continúo haciéndolo.

«Tres segundos para tomar aire. Tres para soltarlo».

En mi mente aparece una imagen, clara como el día: los ojos azul cielo de Weston clavados en los míos mientras respirábamos juntos sobre el asfalto. En ese momento, quería cerrar los míos y desaparecer, pero fui incapaz de apartar la mirada.

Me tenía atrapada. Y, para mi sorpresa, aquello me tranquilizó de una forma que no había sentido nunca.

—¡Muy despacio! —se queja otra vez Cherry, devolviéndome a la realidad justo cuando la arboleda se abre y deja ver lo que hay delante.

Me quedo sin aliento al contemplar el paisaje.

Los correos de Ford me habían preparado para un entorno pintoresco, pero esto parece de otro mundo.

La propiedad se alza sobre una pendiente ligera. Justo enfrente está el edificio principal, con un porche que rodea todo el perímetro y un buzón de cobre que combina con el tejado. Aunque los acabados parecen hechos con madera reciclada de un viejo granero, el conjunto tiene un aire majestuoso. Es rústico, pero con clase.

Más allá se distinguen árboles, rocas y acantilados impresionantes, coronados por un cielo azulísimo. Sin bruma, sin contaminación, solo un azul puro. Tal como los ojos de Weston.

Pero lo que de verdad me cautiva es el lago al fondo. Es espectacular. Tan liso y en calma que parece que podría caminar sobre él. O patinar si supiera. El agua es de un tono azul marino que se vuelve turquesa allí donde el sol se refleja en la superficie.

Me estaciono junto a la camioneta grande y me recuesto contra el respaldo para empaparme del entorno.

Es un lugar único. No hay lujo frío e impersonal ni columnas blancas ostentosas. Ni fuentes ni *valet parking*. De he-

cho, no hay nadie hasta donde alcanza la vista. Y, en cuanto tomo conciencia de esto último, me relajo al instante.

Hasta que Weston Belmont aparece de la nada y casi me mata del susto.

Debí quedarme absorta y no lo vi rodear el coche, porque esas manos enormes y viriles descansan sobre mi ventanilla mientras me observa desde arriba.

—¿Vas a quedarte ahí sentada todo el día? —pregunta, justo cuando Cherry grazna:

—¡Lárgate!

Gira la cabeza de golpe para mirarla: pico negro, plumas gris azulado y un toque rojo en la cola.

—¿Qué es eso?

—Más que «qué», «quién». Es mi loro. Cherry.

Parpadea un par de veces y suelta:

—Es un poco mamón, ¿no?

No puedo evitar reírme.

—Ni te imaginas.

—Es un poco mamón —repite Cherry, con un tono tan burlón que aprieto los labios y pongo cara de «tierra, trágame».

—Perdón. Tiene un vocabulario amplísimo y una capacidad para el insulto legendaria.

Él se limita a mirarla con el ceño fruncido antes de negar con la cabeza. Luego da un golpecito en el techo del coche y se aparta.

—Bueno. La oficina está ahí adentro —dice, señalando con el pulgar por encima del hombro—. Te presento si quieres. Si no, me voy ya.

—¡Lárgate! —insiste Cherry. Otra vez.

Abro la puerta con una mueca y salgo del coche. Weston no retrocede. Se queda justo donde está, imponente frente a mí, llenando la camiseta de una forma que los chicos de ciu-

dad, por muy modernos que sean, simplemente no consiguen. Vuelvo a fijarme en el agujero del tejido a la altura del pectoral izquierdo y en el destello de piel bronceada que asoma debajo. La piel bronceada de un hombre que pasa mucho tiempo al aire libre, sin camiseta.

Vengo de la tierra de la piel pálida y los autobronceadores, así que hay algo hipnótico en imaginar qué se esconde bajo la tela, pero reprimo de inmediato el impulso de meter un dedo por el agujero para comprobarlo.

Los hombres (sobre todo los que me atraen como este) son lo último que necesito ahora. Trago saliva y hago un nuevo voto de celibato porque un acostón no va a solucionar ninguno de mis problemas.

Alzo la vista y me encuentro con sus iris azul brillante. Son tan intensos que, si no lo tuviera delante, diría que ese color es producto del Photoshop. En esta vida, todo puede retocarse. Nada es real.

Pero sus ojos sí.

Y él también.

Me aclaro la garganta, consciente de que llevo un buen rato mirándolo embobada.

—Bueno, no lo diría como Cherry, pero lo cierto es que hoy ya has hecho bastante por mí —sonrío mientras él me observa con una intensidad que me estremece por dentro—. Y esto es algo que necesito hacer sola —añado a toda prisa, asintiendo más para convencerme a mí misma que a él.

Veo cómo se fija en mi boca, y yo aprieto los labios.

—Bueno…

—¡Lárgate! —me interrumpe Cherry. Adoro a mi loro, pero a veces…

A veces se comporta como una arpía posesiva.

Y en este preciso instante ni siquiera tengo claro si quiero que él se vaya.

Weston sonríe, todavía con la vista clavada en mi boca, y chasca la lengua.

—Está bien, Cherry. Entiendo. Ya me voy. —Da un paso atrás con las manos levantadas en señal de rendición.

Casi me entran ganas de abrazarlo antes de que se marche, y eso que nunca me he considerado una persona cariñosa. No me crie con mucho afecto físico, al menos no de puertas para adentro. De cara a la galería, en cambio, mis padres no dudaban en pasarme un brazo por los hombros o abrazarme cuando las cámaras grababan. El cariño era pura fachada.

—¿No deberíamos darnos la mano o algo así? ¿Qué se supone que tienes que hacer cuando alguien te protege con su propio cuerpo del ataque de un oso?

—No te preocupes por eso. Ya me diste las gracias. No me debes nada. Lo hice porque quise.

Ahora soy yo la que parpadea.

«No me debes nada».

Es una frase muy sencilla, pero me agarra completamente desprevenida. Me he pasado la vida sintiendo que les debía algo a los demás. Todo funcionaba como un trueque. Si alguien hacía algo por mí, yo tenía que dar algo a cambio: mi atención, mi tiempo… Siempre atrapada entre intereses enfrentados, obligada a sonreír para seguir avanzando.

Estoy harta de sonreír.

—¡Nos vemos! —Se despide guiñándome un ojo antes de darse la vuelta y regalarme una vista privilegiada de su culo perfecto.

«Quizá debería haberle dado un buen apretón en el culo a modo de agradecimiento».

Mientras sacudo la cabeza para quitarme ese pensamiento de encima, lo oigo mascullar al otro lado de su camioneta:

—Puto Tesla y loro bocón.

El comentario me arranca una sonrisa. Una de verdad. Pero solo dura un instante porque yo también me doy la vuelta, respiro hondo y me preparo para enfrentarme a Ford Grant.

Se va a llevar una sorpresa cuando me vea.

Sí, estuvimos hablando de trabajar juntos.

Pero no, no le dije que iba a venir.

—Vigila el coche, Cherry.

Compruebo que el aire acondicionado está encendido, cierro la puerta y enderezo la espalda mientras subo por el camino de entrada. No veo ningún timbre; lo que tiene todo el sentido del mundo en un sitio como este. En su lugar, hay una aldaba con forma de oso, sujetando un aro en la boca. Me río en voz baja (hoy los osos me persiguen) y llamo a la puerta.

A los pocos segundos, una voz femenina responde desde adentro:

—¡Ya voy!

La puerta se abre y me encuentro con una mujer de ojos azules, que me mira y se queda boquiabierta.

—Madre mía. Hola.

—Hola —respondo en voz baja, mirando al suelo. Noto cómo me arden las mejillas.

—¿Quién es? —pregunta la voz de un hombre.

La mujer rubia ignora la pregunta y me tiende la mano.

—Soy Rosalie, directora de operaciones de Wild Rose Records. Encantada de conocerte.

Le estrecho la mano, sorprendida por la firmeza de su agarre.

—Hola, Rosalie. Soy Skylar.

Ella sonríe y me sacude la mano con entusiasmo.

—Claro que lo eres.

—Rosie —dice la voz del hombre, ahora más cerca—. Sé que te encanta molestarme, pero… —Ford Grant aparece

por la esquina y se detiene en seco al verme. Su padre es una famosa estrella del rock, el guitarrista de Full Stop, y el parecido entre ellos salta a la vista.

Lleva el pelo castaño con reflejos rojizos despeinado de forma estudiada, es alto y de complexión atlética; podría pasar por modelo sin problemas. Ford encajaría perfectamente en el mundo del que vengo. Pero odio ese mundo, así que no puedo evitar fijarme en que no tiene la musculatura contundente del hombre que me trajo hasta aquí.

Va vestido de manera informal, pero de ese informal que delata dinero. Ni agujeros en la camiseta ni rozaduras en las botas. Todo en él desprende una elegancia pulida que, por primera vez en mi vida, me deja completamente indiferente.

—¿Skylar? —pregunta, confundido.

Levanto las manos a la altura de la cabeza y me encojo de hombros.

—¿Sorpresa?

—¡Vaya que sí! —añade Rosalie, encantada con la situación.

Ford se acerca a su lado y apoya una mano posesiva en la parte baja de su espalda. Ella lo mira de reojo, con una sonrisa torcida. Entre ellos hay tanto afecto y respeto que me siento una mirona.

Aparto la vista y me retuerzo las manos, incómoda.

—Lo siento. Sé que me estoy presentando sin avisar. Pero… necesitaba alejarme de todo. Trabajar en algo nuevo. ¿Hay alguna posibilidad de empezar ya? —pregunto, intentando sonar lo más positiva y animada posible, aunque últimamente ando escasa de ambas cosas.

Ford frunce el ceño mientras me observa. No creo que esté enojado, pero impone.

Rosalie le da un codazo en las costillas.

—Estás poniendo tu cara de idiota por defecto. Para.

Él la mira molesto antes de volver a centrarse en mí.

—Perdona, estaba pensando. La razón por la que no te pedí que vinieras antes es porque las casas para alojar a los artistas no están listas ni tampoco el estudio de grabación. En estos momentos stán a medio montar y no tengo…

—Esperaré. Puedo quedarme donde sea. Incluso en una tienda de campaña si hace falta. Me da igual.

Si hay algo que tengo claro es que no pienso rendirme.

Me mira de arriba abajo y un destello de compasión cruza su atractivo rostro. Seguro que notó la desesperación en mi voz y le resulta imposible no sentir cierta tristeza después de todos los titulares despiadados que me han perseguido últimamente.

—¿Por qué no pasas y vemos qué podemos hacer? Solo hay un par de hoteles en el pueblo, y dudo que estén disponibles para una estancia larga en plena temporada alta.

Rosalie arruga la nariz y pronuncia «temporada alta» como si fuera un insulto.

—La buena noticia es que los turistas solo vienen en masa en julio y agosto. Vamos. —Me hace un gesto para que entre—. Seguro que encontramos algo.

—Gracias —digo con un suspiro. Le sonrío agradecida y sigo a Ford hasta la oficina.

El interior es tan bonito como el exterior: rústico y nuevo al mismo tiempo. Las vigas de madera del techo abovedado combinan con las tablas anchas del suelo, algunas de ellas manchadas con una pintura que hace juego con el azul suave de las paredes. Hay dos escritorios separados, uno frente al otro, y una acogedora zona de estar con sofás gigantes y una estantería llena de vinilos digna de una tienda de discos.

Pero lo que se lleva todo el protagonismo son las puertas corredizas de cristal que dan al lago. Aportan un toque moderno a un espacio que recuerda a un granero y se abren a

una terraza enorme con muebles de mimbre, rodeada de naturaleza y vegetación.

—Me compro una cama y me quedo a vivir aquí —suelto, provocando un par de risas—. Este sitio es increíble.

—Me alegra que te guste —dice Ford, apoyándose en uno de los escritorios y cruzándose de brazos.

Lo miro y es como si pudiera ver su cerebro trabajando detrás de esos ojos verdes. Irradia inteligencia…, pero de la que intimida.

Rosalie me choca el hombro con el suyo.

—Lo siento —susurra, como si me hubiera leído la mente—. No es muy de abrazos ni de muestras de cariño.

Le sonrío.

—No pasa nada. Prefiero eso a alguien falso.

Da una palmada, divertida.

—Entonces se van a llevar de maravilla.

Mientras se queda allí de pie, con las manos en las caderas y alternando la mirada entre Ford y yo, agradezco aún más su presencia. Sin ella, esto habría sido mucho más incómodo.

—Ford, ¿qué está pasando por ahí arriba? —pregunta.

—Estoy barajando opciones.

—Pues tienes pinta de estar planeando un asesinato.

La mira con ojos entrecerrados. No sé qué son exactamente el uno para el otro, pero está claro que hay algo más que una relación laboral. La tensión entre ellos es brutal. Me siento una intrusa solo por estar aquí.

Él hace un gesto despectivo con la mano.

—No, eso lo dejo para cuando Skylar decida contarme de quién está huyendo.

Me sobresalto, pero Rosalie resopla con una sonrisa contenida.

—Es tremendamente protector con la gente que le importa —me susurra—. Casi vengativo.

—Podrías quedarte en nuestra casa hasta que una de las casas para invitados esté lista —murmura él, frotándose la barba incipiente y mirando al suelo—. ¿Necesitas tiempo para trabajar en las canciones? Podemos empezar a concretar detalles, quedar el lunes, quizá, y organizar un calendario, una hoja de ruta. ¿Qué te parece?

«¿Quedarme en su casa?».

—Oh, no, no quiero abusar de su hospitalidad —respondo. Me deja atónita que alguien a quien apenas conozco me haya ofrecido una habitación en su casa. No quiero sentirme más en deuda de lo que ya me siento por haberme presentado aquí sin avisar—. Pero una reunión el lunes estaría genial.

—No creo que quedarte aquí, en la oficina, funcione, ya que Rosie y yo…

¿Habla en serio? ¿Qué será lo próximo? ¿Darme la camiseta que lleva puesta?

—Lo de quedarme aquí era una broma —aclaro—. Un cumplido, vamos.

De pronto, empiezo a sentir el peso de mi intromisión y me doy cuenta de la carga que puede suponer para ellos que me haya presentado aquí sin avisar. Debería haberlo pensado mejor antes de actuar de una forma tan impulsiva.

Fui una egoísta. Egocéntrica. La gente sufre rupturas horribles todos los días, no solo yo.

—Miren, será mejor que me vaya. Lo siento muchísimo. Venir aquí fue… demasiado. Un acto de pura desesperación. —Empiezo a venirme abajo. Se me acelera la respiración y las paredes parecen estrecharse en torno a mí. Me llevo una mano al pecho y suelto una risa nerviosa—. Una falta de respeto total.

Rosalie me agarra del codo con suavidad y se coloca frente a mí, aliviando un poco esa sensación de opresión.

—Eh, tranquila, no te agobies. Aquí nos tomamos las cosas con calma —dice. Luego mira por encima del hombro hacia Ford y añade—: Y sé de un sitio donde puedes quedarte. Mi hermano tiene una cabaña pequeña que…

—Rosie, ese lugar es un desastre.

Esta vez ni siquiera se molesta en mirarlo; simplemente pone los ojos en blanco.

—Sé que acabas de poner los ojos en blanco —protesta Ford, aunque sonríe.

Ella se muerde los labios para contener la risa y continúa:

—Tiene razón. No es nada lujosa. Pero está justo en la finca de al lado y tendrás toda la privacidad que quieras. Y a mi hermano no le va a importar. Vive ocupado con su trabajo, sus hijos y su absurdo equipo de boliche. Apenas lo verás…, salvo que quieras. Entonces se hará tu amigo encantado. Hacer amigos es lo suyo.

Ford suelta un bufido y niega con la cabeza, divertido.

—Lo de la privacidad me viene de maravilla. Estoy un poco harta de la gente. Y no necesito nada lujoso —miento, con un entusiasmo fingido.

Porque no conozco otra cosa que no sea el lujo.

He sido famosa toda mi vida y siempre he vivido rodeada de comodidades. Llevo sobre los escenarios desde que tengo uso de razón.

Pero llegó el momento de tomarme un descanso de todo eso.

Puede que lo que de verdad me venga bien ahora sea prescindir de todo lo superfluo.